

LA SEMANA CÓMICA

Actores catalanes



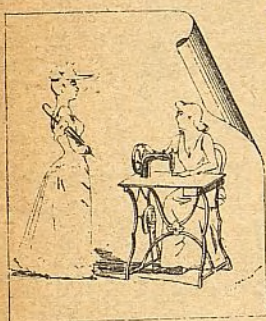
FEDERICO FUENTES

LA ECONÓMICA
25-SAN RAMON,-25

La casa que vende más barato en Barcelona

SOMBREROS INGLESES DE 5 Á 10 PTS.

Kiosco con muestras, en la Rambla, frente al Liceo.



SANTASUSANA

33, Carmen, 33

En esta casa se venden las mejores máquinas de coser y para hacer calceta. Camas, relojes, etc.

Venta á plazos y al contado.



LA REFORMA

Bazar de Camisería y Corbatería

Depósito de Jerseys, Chaquetas y Trajes para niños, á precios de fabrica.

Extenso surtido en Boas y Pelerinas de pluma, últimos modelos.

Gran variedad en tiras de pluma para adornos.

Inmenso surtido en medias, calcetines, camisetas y pantalones.

Especialidad en trajes interiores de punto inglés sin costura.

Refajos y cubrecorsés de lana y algodón. **PRECIOS SIN COMPETENCIA.**

Plaza Sta. Ana, 4, y Canuda, 28 (Edificio del Fomento).

EMULSION TEIXIDÓ

de aceite de hígado de bacalao. — Recomendada para la curación de las esclerosis, raquitismo y debilidad.

FARMACIA

ELIXIR re-constituyente

TEIXIDÓ á base de protoclórico de hierro, hemoglobina, coca y nuez de kola.

Curación de la anemia, clorosis (debilidad de la sangre).

02-MAR-20-62

Pildoras an-tineurálgicas
TEIXIDÓ

Curación de la migraña y demás dolores nerviosos de la cabeza.

TEIXIDÓ

Elixir DIGESTIVO

TEIXIDÓ

Facilita la digestión: cura la dispepsia y atonía del estómago.



—¡Dios mío! ¿Pero quién te conoce?

—Como que me visten en la *Sastrería* de más gusto de Barcelona.

—No digas más. En la calle de *Escudillers*, 65, donde transforman en elegante los cuerpos más contrahechos.

Le Veston Parisiën

SASTRERÍA PARA SEÑORAS Y CABALLEROS

Escudillers, 65, Barcelona

SÁNDALO PIZÀ

El remedio más radical para la curación de la *ble-norragia* y demás flujos urinarios. Único aprobado por las Reales Academias de Medicina de Barcelona y Mallorca, varias corporaciones científicas é innumerables médicos. — **Precio 3'50 Ptas.** — De venta en las principales farmacias.

LA SEMANA CÓMICA

PERIODICO FESTIVO ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

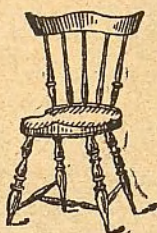
BARCELONA

Trimestre. 2'50 Ptas.
Año. 8 »

PROVINCIAS

Semestre. 5 Ptas.
Año. 10 »

Administración: Vertrallans, 3, Pral.



LA SUECIA

8-Pelayo-8
BARCELONA

Grandes Talleres y Tienda de

MUEBLES Y SILLERÍAS

del País y Extranjero. Á PRECIOS DE FÁBRICA

Elegancia, Solidez y Economía

Especialidad en el amueblaje de Fondas, Casas, Torres y Oficinas. Único depósito en España y Portugal de las legítimas SILLAS SUECAS tan universalmente recomendadas.

Muebles de balde

TEMPORADA de INVIERNO

La última palabra en muebles

COMPETENCIA

CON TODAS LAS LIQUIDACIONES

LA AMUEBLADORA

SIN RIVAL

(antes EL DIABLO)

(No me olvides P. Verónica, 2, junto al Casino Mercantil)

TAPIZADOS—CONTINUAJES

Silleros regalados



PELUQUERIA DE LUIS XVI

15—Rambla de las Flores—15

Servicio esmerado. Salón para señoras

LA SEMANA



uerte cosa es que cuando en otros países se truena ya contra el sistema parlamentario, en el nuestro nos pirremos por el parlamentarismo y pecado mayor se considere pitorrear al Congreso ó del Senado en pleno, que decir chistes frente al Palacio Real ó soltar cuchufletas cabe la morada del Nuncio.

No es extraño, por consiguiente, que la debilidad parlamentaria se manifieste en todas las clases sociales y que jueguen á los diputados lo mismo los chicos del Instituto en minúsculas Academias escolares que los infelices obreros en sus Ateneos de vida nocturna.

Congresos de médicos, de procuradores, de agricultores, de escribanos, etc. etc. hemos tenido recientemente, pero ¿quién creyera que también los toreros iban á contagiarse de la manía general y á tener su Congreso correspondiente?

Y sin embargo, la noticia ha corrido de periódico en periódico por todos los de España.

Trátase de un Congreso de matadores, cuyos acuerdos tendrán por objeto evitar las frecuentes desgracias que ocurren en las plazas de toros.

—¿Con que también los toreros van á congresear?

—Naturalmente: ¿quién mejor que los matadores para echar su cuarto á espadas?

—Pero ellos no están acostumbrados á hablar en público.

—¿Cómo que no? ¿qué público peor que el de los toros? Pues ante él largan sus brindis los matadores, teniendo por añadidura detrás de sí un toro acribillado y embravecido.

—Y en resumidas cuentas ¿qué saldrá del Congreso famoso?

—Lo que sale de todos sus análogos. Una docena de peticiones al gobierno, con la ventaja de que los toreros sabrán «echarle el toro» con más habilidad y maestría.

—Mas ¿cree V. que el gobierno les hará caso?

—Indudablemente.

—No, señor: les enviará al cuerno.

—Entonces podrán contestar los matadores: De allí venimos, Excelentísimo Señor.



del ingreso de Romero Robledo en el partido conservador.

Hay quien afirma que la actual indisposición de D. Antonio es debida á la fuerte impresión que le produce por adelantado esa trascendentalísima reconciliación; hay quien asegura que D. Francisco, si ha pasado una buena parte del verano en el Romeral cogiendo remolacha, no ha sido por pura afición á la industria azucarera, sino con el objeto de almacenar todas las dulzuras de la miel hiblea, para llevarlas en sus labios al dar el beso de puro arrepentimiento y sumisión eterna en la mejilla del jefe supremo de los conservadores; hay quien da por cierto que

*todo será al mismo tiempo:
tu casamiento y mi muerte;*

es decir, que á tiempo que entren ruidosamente los húsares por una puerta, saldrá por la

otra, con Silvela á la cabeza, lo más granado del partido, perdiendo así el vergel conservador sus plantas más robustas por admitir *Romero* y otras hierbas.

A primera vista, en el partido gobernante no habrá pasado nada.

Un Francisco que entra por otro Francisco que sale, con que en paz.

Pero hay que advertir que entre el Sr. D. Francisco que se va y el Paquito que viene, hay toda la enorme distancia de un diminutivo.

—Este renuevo del personal—decía un político aficionado á los símiles—no puede ser más útil para los partidos: una fracción de personal constante sin intrusos ni desertores, es como el agua estancada que pronto se corrompe y apesta; un partido «abierto por ambos extremos», uno de los cuales absorbe gente nueva que empuja hacia afuera á los antiguos, es como el agua corriente, cuyo caudal es duradero y cuya pureza es perdurable.

Al cabo de los años mil, vuelven las aguas por donde solían ir.

Eso dice el refrán, y no hay para qué extrañarse de que el aventurero hijo pródigo vuelva lloroso al seno de la familia, torne al antiguo redil la oveja descarriada y luzca de nuevo en el manto del jefe la rica presea extraviada durante tantos años.

¡Oh, espectáculo conmovedor á que no nos tienen, por cierto, muy acostumbrados los políticos!

Ya verán los madrileños, ya verán el día en que se ratifiquen públicamente la paz y concordia entre ambos príncipes cristianos, cómo las maderas del Congreso lloran lágrimas de resina, y el asiento de los escaños derrama lagrimones de pelote, y el agua azucarada que llevan á sus labios los oradores se derrama en llanto pegajoso y dulzón.

Excuso decir que á mí me parece de perlas la cacareada unión de *Romero* con sus antiguos adláteres.

Por la razón sencilla de que, gracias á la nueva fusión, tendremos un partido menos en la larga lista de los partidos políticos españoles.

LUIS ROYO VILLANOVA

El padre de la triple

(HISTÓRICO)

I

Pues... érase que se era el padre de una muchacha lista, alegre, vivaracha, remonona y zalamera, una muchacha... ¡hasta allí! una triple, que alcanzaba grandes triunfos, porque daba á todas horas el sí, y además porque tenía un excelente palmito que de par en par abría al público el apetito.

Como el nombre no hace al caso, perdona, lector amigo, si de la diva que digo el nombre por alto paso.

El padre de ella, celoso de la gloria de la chica, la sardina á su áscua aplica y tenaz y pegajoso

va detrás de los autores con increíble cachaza; es incansable en la caza de los pobres escritores y á machuchos y noveles (que tanto su afán le pica) les pide para la chica los principales papeles.

Donde les halla, les llama: en la calle, en el café... y va á importunarle á usted

aun cuando se encuentre en cama.

«No se olvide el papelito»...

«Guarde usted el mejor papel»...

«Que no se olvide usted de él»...

«¡Que sea un papel bonito!»...

Y por nefas ó por fas, siempre aquel padre marrajo vuelta arriba, vuelta abajo, por delante y por detrás

se encuentra del pobre autor

que reniega de su estrella

al ver que le sigue aquella

sombra del Comendador;

y á alguno le oí decir

al ver al padre de B...;

—Pero ¡Dios mío! ¿por qué me habré echado yo á escribir?

II

En los meses del verano

B... fué á cantar á Gijón,

la ensalzada población

del principado asturiano,

y allí en *Nina, Los dragones,*

y *Los novios de Teruel*

tuvo aplausos á granel

y á docenas ovaciones;

pero aquel clima no fué

por lo visto, saludable

para actriz tan admirable

y distinguida, porque

mucho antes de comenzar

la temporada de invierno,

cuando aun convierte en infierno

á Madrid la luz solar,

frente á frente se encontraron

dos conocidos poetas

en la calle de Carretas,

y ambos de este modo hablaron:

—¿A que no adivinas qué

noticia te voy á dar?

—¿Como voy á adivinar...?

—Pues que ha regresado B...

—¿Cómo!

—No es invención mía.

—¿Qué motivo?...

—Que padece...

—¿Qué mal?

—A lo que parece,

es sólo disenteria

—¿Y por eso?...

—Tú no sabes

lo que fastidia ese mal.

—¡Disenteria!...

—Cabal:

y tiene síntomas graves;

sufre dolores crueles

Se pasa el día...

—Pues chico,

ahí tienes; ahora me explico

que el padre pida papeles

para B... de noche y día,

porque si dura la brega

con ese mal ¡no le llega

toda una papelería!

MANUEL AMOR MEILAN

Confiteor

I

—¿Cuántos años tienes?

—Diez.

—¿Y cuánto tiempo ha pasado desde que te has confesado?

—Esta es la primera vez.

Se empeñaron mis papás en que había de venir...

—Bien.

—¡Si tengo que decir un pecado nada más!

Vive en mi calle, hace un mes,

una niña de mi edad,

que se llama Caridad,

muy lista, muy guapa y... ¡pues!

—Eso no es malo. Adelante.

—Desde que nos encontramos

la vez primera, no estamos

separados ni un instante.

¡No lo puedo remediar!

Y vivimos de este modo,

jugando alegres á todo

lo que se puede jugar.

Sin ella perdido soy,

ella me quiere también

y, en fin... el cariño...

—Bien:

no importa nada.

—A eso voy.

—¿A qué?

—Mi mamá en el Prado

me vió un día darla un beso

y gritó: «¡Chist! no hagas eso,

que es pecado, que es pecado.»

—Vamos ¿y te convenció

de que pecaste?

—Pues...

—Di.

—Mi mamá dice que sí,

pero yo creo que no.

—(¡Pobrecillo!) Y haces bien.

Aun no os combaten las ruines

pasiones; los querubines

se besan en el Edén

y jamás ofende á Dios

ese cariño inocente

que funde instantáneamente

en un espíritu dos.

—¡Gracias, señor cura!

—Cesen

tus dudas y tu impaciencia.

—¿Qué importa á la Providencia

que dos ángeles se besen?

—¿Me da Vd. consentimiento?...
—Haz lo que quieras desde hoy.
—Gracias... ¡Qué contento voy!
¡Qué contento!.. ¡qué contento!

II

—Padre mio, hace seis años

que fué V. mi confesor

y... Vamos, me da rubor

confesarme con extraños.

—¿Quieres adular al juez?

¡Grave es la acción consumada!

—¡Ca, no señor! casi nada:

¡lo mismo que la otra vez!

—Veamos.

—Que Caridad

me adora, que yo la adoro;

y es mi dicha, mi tesoro

y mi...

—¡Niño!

—La verdad.

Que en su boca bebo amor...

—¡Jesús!

—Y en el alma siento

rápido estremecimiento,

dulcísimo, embriagador.

Que al rozar sus labios rojos

y al estrecharla en mis brazos,

el corazón á pedazos

se me sale por los ojos;

y que, de extraña embriaguez

esclavo...

—¡Por Dios, detente!

—¡Pero si es exactamente

lo mismo que la otra vez!

—¡Error! Engañado estás...

—¿Se enfada?

—¡Y Dios te castiga!

—¿Qué será cuando le diga

lo que falta?

—¿Falta más?

¿sabes lo que dices?

—Sí:

sólo por eso he venido.

—¡Desgraciado! ¡Estás perdido!

¡Ya no hay gloria para tí!

El fuego eterno te espera;

Luzbel te aguarda...

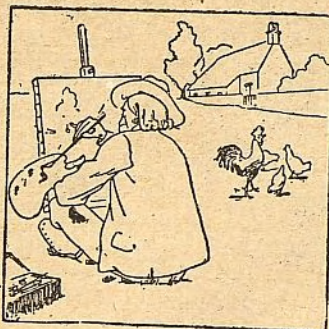
—¡De fijo!

¡pero como Vd. me dijo

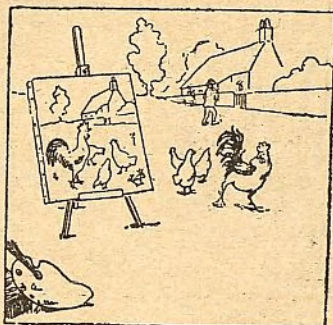
que hiciera lo que quisiera!...

SINESIO DELGADO.

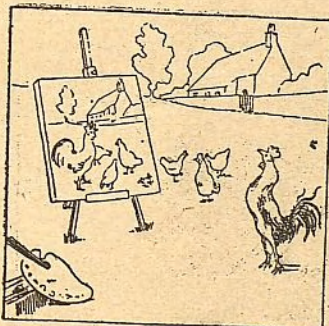
Un drama en el corral, POR FIGUER



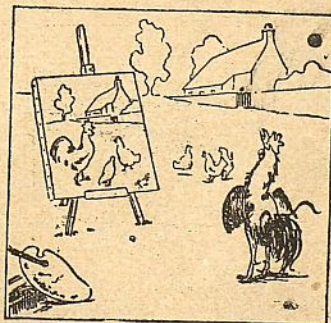
—¡Magnífica ocasión para copiar estas aves del natural!



—¡Eh! ¿qué es eso?



—¡Cielos! ¡Otro gallo en el gallinero!



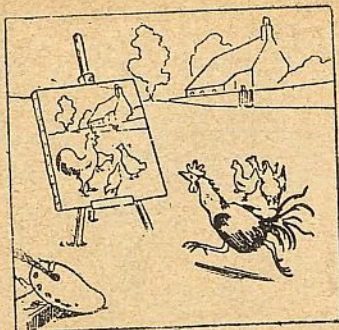
—Yo no puedo consentirlo. ¡Quiquiriquí! No puedo consentirlo.



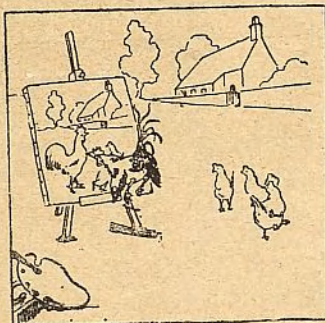
Como tienes el rostro
tienes el alma;
¡qué heregla, Dios mio,
dije á mi amada/
pues lo confieso:
la tiene cual los ojos
que son muy negros.

J. FERNANDEZ LUJAN

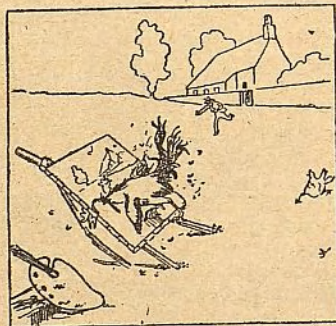
Jazmín



—Pues ¡espérate!



—¡Toma!



—¡Ahora verás tú quien soy yo!



Y el pintor, al ver destruido su cuadro, decidió saborear su venganza, saboreando más tarde el original.

SR. D. MANUEL ESPEJO Y VIVAS: Voy á referir á V., mi querido Manolito, según le ofrecí ayer tarde, cómo murió el perro *Jazmín* en la obra, sin acabar todavía, de la calle de Jacometrezo esquina á la de Hita. Usted dice que el asunto entraña mucho sentimiento y es por ende artístico. Allá veremos, y caiga sobre el buen ó mal gusto de V. la responsabilidad de lo que salga.

Hace tres ó cuatro meses, á las diez de la mañana de un día que figura en hoja negra en el libro de los de mi vida, estaba yo trabajando en el despacho de mi piso tercero, cuando sentí hacia la calle de Hita, algazara de gente y los ladridos desaforados de un perro.

Me asomé á un balcón, y vi que venían por esa calle cincuenta ó sesenta personas entre criadas, con las cestas de la compra colgadas del brazo izquierdo, el mozo de un almacén de muebles con medio aparador sobre la espalda, peones de la obra, vagos y granujas: al frente de todos se destacaban, como figuras principales del cuadro, un guardia de orden público, un pobre, manco y cojo, á quien yo había visto pedir limosna junto á las Calatravas, y un perro de aguas que el mendigo traía sujeto con un cordón largo atado al collar.

El perro, llamado *Jazmín* acaso por su total blancura, con la mitad trasera del cuerpo muy bien pelada, su moño en cada pata y uno mayor en el nacimiento de la cola, su hocico muy limpio y sus ojos hundidos bajo los mechones de lana de la cabeza, venía delante del dos veces lisiado, dando saltos violentos á derecha é izquierda, acompañados de incesantes y estridentes ladridos, saltos que tenían algo de embesudas, porque cuando los daba, las personas más inmediatas retrocedían.

El guardia hablaba accionando mucho, como si tratara de convencer de no sé qué al pordiosero, que movía la cabeza con ademán desesperado.

Algo siniestro le pasaba al animal, y sobre este punto salí pronto de dudas, porque se adelantó del grupo para seguir su camino y su venta un ropavejero de chaquetón raído y calzones remendados, que llevaba en la cabeza dos sombreros, enchufado el uno en el otro, al cual preguntó qué sucedía la portera de mi casa.

—Que le ha dado la morcilla á ese perro un municipal en la calle de Tudescos—contestó el industrial ambulante.

—¡Bestia!—replicó la portera.

Jazmín, que se había calmado un poco, estaba jadeante y con la cabeza caída: su pobre amo sin duda lo acariciaba inclinado sobre él, y digo sin duda, porque la gente me impidió verlo, al apiñarse formando círculo en derredor de los protagonistas.

De pronto, el corro se ensanchó y el animal comenzó de nuevo á dar saltos, ya con menos bríos, y ladridos más roncós y apagados; el veneno le iba abrasando las entrañas cada vez con más encono: el manco procuraba contenerlo; pero *Jazmín* se desasía de su brazo y daba acometidas á uno y á otro lado, como si acusara de asesinos á los curiosos: sin embargo, una sola vez se revolvió contra su dueño; su instinto estaba seguro de que aquél no podía hacerle daño; al contrario, aun en aquellos instantes de terrible agonía y cuando esquivaba su brazo, se volvía y le daba un lametón en la cara, como disculpándose de aquel vértigo, y acaso pidiéndole alivio á sus dolores.

Un aguador, con su camiseta encarnada, su pantalón azul, su montera y su cuba al hombro, que, dese-

LAS CAMARERAS, por C. Tort

tor también del espectáculo, se puso á charlar desde la calle con una criada bonita que sacudía una alfombra en un balcón del entresuelo de la casa que hace esquina á la calle de Hita, enteró á la muchacha de que ya le habían dado mucho aceite al perro.

Este cayó por fin al suelo, pataleó un poco y volvió á levantarse dando aullidos lastimeros; el cojo apoyó entonces el brazo en la valla de tablas de la obra, y sobre el brazo la cabeza, siendo la trepidación de sus hombros señal de que estaba llorando.

¡Qué pensaría el infeliz lisiado, hambriento, huérfano y sin más familia que aquel animalito, mucho más racional que el bárbaro que lo había envenenado, y que en pie y andando con las patas traseras,

llevando la gorra del manco en la boca, le ayudaba á pedir limosna!

Me parece que leo en la imaginación del cojo. Por ella pasaban los saltos y los ladridos que loco de alegría daba quizá *Jasmin* en la boardilla pocas horas antes, para cogerle de la mano un terrón de azucar; otros mil incidentes demostrativos de la inteligencia de aquel animal; la cama de esteras y un pedazo de manta vieja que iba á quedarse vacía por las noches sin oír él á su perro, desde el jergón, rascarse unas veces y gruñir otras soñando; los cruelísimos dolores que aquel sér inofensivo, noble, servicial y pedazo de su corazón, estaba sufriendo; el tiro que de buena gana le pegaría al municipal y el viaducto de la calle de Segovia.

Rápidamente, al notar que algunos espectadores se reían, se irguió; la rabia contuvo en seco su pena; cogió con el brazo á *Jasmin* y lo arrastró, por la puerta por donde salían los carros cargados de escombros, á la parte de adentro de la obra, para evitar, en lo posible, que la curiosidad profanara aquellas intensísimas manifestaciones del dolor del alma y del dolor del cuerpo.

Las convulsiones de *Jasmin* se sucedían cada vez más frecuentes y violentas: el cojo y el perro estaban juntos en el suelo; aquel besaba la cabeza y el hocico del animal, y los regaba de llanto; el perro, ya sin aliento, aún lamía alguna vez el aire, deseoso de alcanzar la cara del mendigo; yo hubiera querido poder observar las miradas del moribundo, que de seguro eran cariñosas, é iban dirigidas á su amo; átréveme á jurar que, en medio de sus tormentos, comprendía el duelo de aquel desventurado, que al convencerse de que *Jasmin* estaba muerto, se levantó, lo movió repetidas veces, le quitó ligero el collar, y se alejó todo lo deprisa que se lo permitía la pata de palo.

Al torcer por la calle de Jacometrezo se detuvo; miró un instante al perro desde lejos, por entre dos tablas de la valla; quiso volver atrás; se arrepintió y siguió resueltamente su camino; pero más resueltamente aún, retrocedió de nuevo al corto trecho, y entró en la calle de Hita; mas al ver que lo recibían á silbidos dos ó tres chiquillos areneros y una verdulera, diciéndole no sé qué grosería de plazuela, de esas que algunos llaman gracias, como podrían llamar perfume al hedor de una poza, dió media vuelta y desapareció despacio y con la cabeza baja por el Postigo de San Martín.

No pasó más, amigo Manolito. Y yo, al notar que mis ojos estaban llenos de lágrimas, sentí una gran satisfacción con sus puntas y ribetes de vanidad, y deduje de aquel suceso una gran enseñanza que explanaré en un artículo, en el cual intentaré probar cómo los desgraciados se irán acabando en el mundo el día que se pongan en contacto con ellos los dichosos relativamente y se asimilen algo de sus sinsabores.

Desde el momento en que V. sube á un sotabanco y se entera, v. gr., de lo que le pasa á la infeliz Rosa, que es viuda y está enferma y tiene cuatro chiquillos, y los dos mayores se le agarran á V. á las piernas y V. le dá un beso á cada uno de los más chicos, ya no hay medio de que ni ellos ni Rosa se queden sin comer. Imposible. Esa es, creo yo, una de las grandes misiones de la comedia y de la novela realistas, pero con espíritu y con finalidad: esa es, para mí, la inmensa, la colosal transcendencia de las palabras de Cristo: *Confesaos los unos á los otros*.

La crítica sin alma es posible que clave las uñas en este escrito; V., que la tiene tan buena, quizá encuentre algo digno de aprecio en el fondo de un cuadro, malo en la forma, que para V. ha copiado del natural su invariable amigo

JOSÉ NAVARRETE.

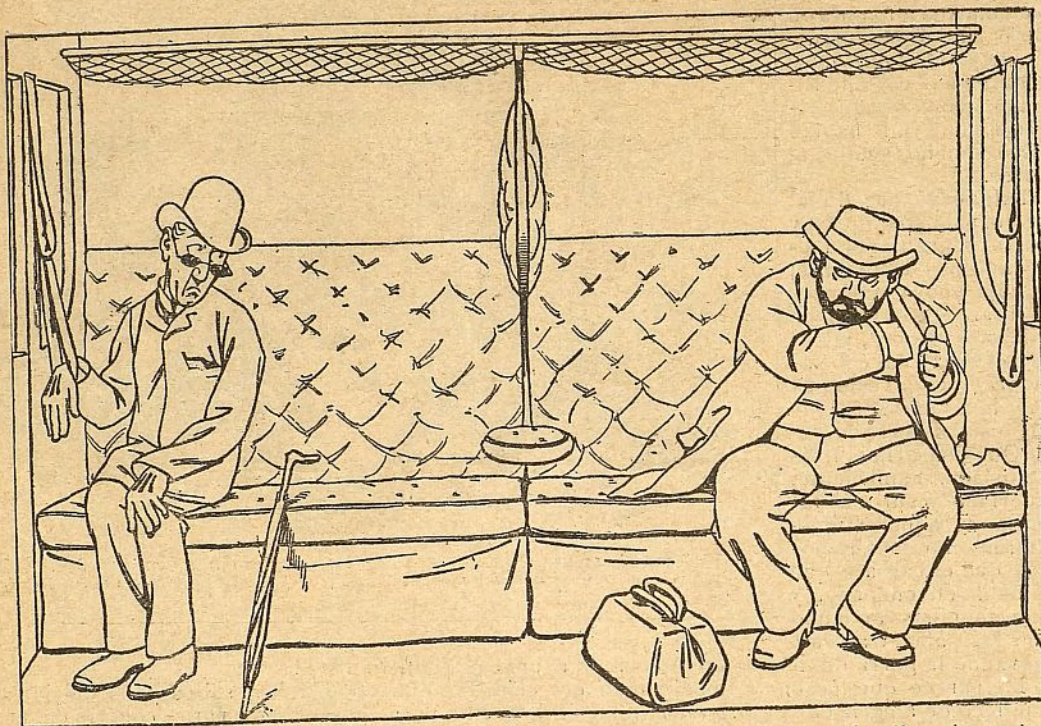


—¡Olé, por el camarero!
—¿Que es lo que va usted á tomar?

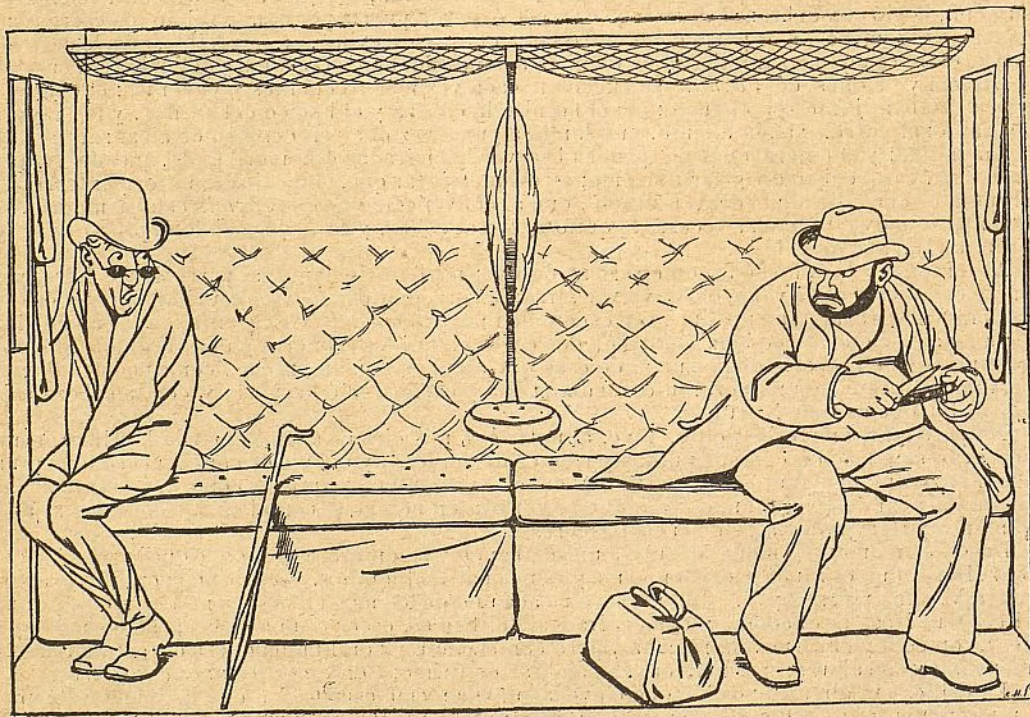
—Lo que tú me quieras dar.
—¿Quiere Vd. té?—Pues te... quiero.

CRIMEN FRUSTRADO.

En el wagon, por H. Gerbault

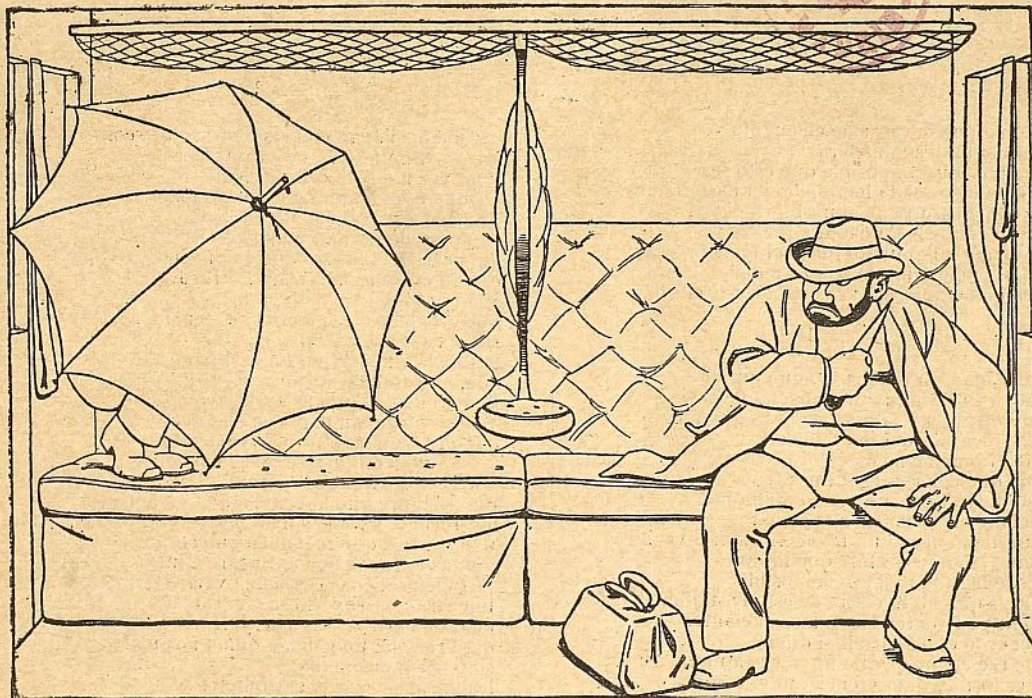


1.— Las catástrofes se suceden en los ferro-carriles; los asesinatos abundan; los robos menudean....

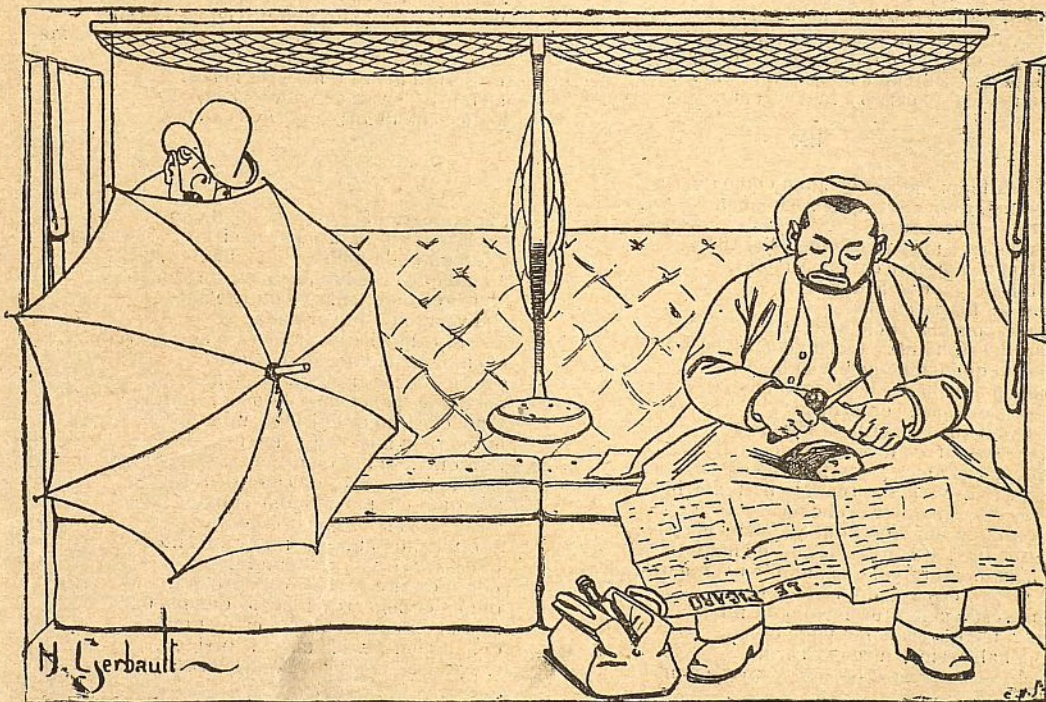


2.— ¡¡¡Cielos!!!

CRIMEN FRUSTRADO.
En el wagon, por H. Gerbault



3.—¡¡Horror!! ¡¡Soy perdidol!!



4.—¡Aaaah!

Las gafas del abuelo

I.

Como puedo casarme en cuanto vea
que una mujer me adora
(que por muy imposible que esto sea
más de cien me lo han dicho ya hasta ahora)
por si me caso y tengo un hijo luego,
quiero contarle un cuento que solía
contarme mi abuelito junto al fuego;
¡ojalá, como á mí, le sirva un día
para que empiece á ver cuando esté ciego!

II.

Era Juan un muchacho que quería
tanto á su Rosa (una muchacha hermosa)
que entre eso y los quince años que tenía,
ciego de amor del todo, lo veía
todo el muchacho de color de rosa.
¿Que qué color es ese? Pues tenía
cuando yo lo ví, un tono indefinible;
es como un arco iris que juntara
á un fondo negro un blanco... así... invisible...
¡como si fuera un hilo que llegara
desde la vida real á la imposible!
¿Decís que no se entiende esto bastante?
Bien: ya lo entenderéis más adelante.
Menos lo entenderíais si dijera
que ese color, que no es color siquiera,
ni es forma, ni es esencia, ni es sonido,
cuando se ama, lo puede ver cualquiera,
y hasta hay quien lo ha tocado y quien lo ha oído,
y hasta quien asegura
que es, por un raro y sin igual portento,
música en las palabras y en el viento,
en los ojos aurora que fulgura,
esencia de clavel en el aliento,
y pedazos de cielo en la hermosura!
¿Que no se entiende aun? Tened en cuenta
que yo, que hoy doy lección de desengaños,
tampoco lo entendía á los quince años...
¡Ya me lo explicaréis á los cuarenta!

III.

Pues bien: queriendo Juan como quería
á la mujer aquella á quien llamaban
la reina de las rosas
dos ingleses muy ricos que viajaban
sólo para admirar caras hermosas,
(y mirad con que fé la adoraría,
que, sin fijarse en ellas,
cuando miraba al cielo no veía
más que su nombre escrito con estrellas)
sucedió que llamándole á su lado
su buen abuelo desde el lecho un día,
habló con él así, con la alegría
triste del que recuerda lo pasado:
—¿Qué te parece Rosa?—Un angel, dijo.
—Bien: y el amor ¿ya sabes qué es?—El cielo.
—¿Sí? Pues ya has aprendido bastante, hijo,
le contestó riéndose el abuelo.
Puesto que sabes más que yo, ya es hora
de que hoy, al bautizarte con mi llanto,
te haga hombre yo, que aunque me muero ahora
de viejo y de cansado, no sé tanto.
Toma estas gafas que me dió de niño
quien me quería como yo te quiero,
y ya hablaremos luego de cariño,
porque se hace algo tarde... y yo me muero.

IV.

¿Qué hizo Juan con los lentes? Poca cosa.
Mirar al mundo de las cosas reales
y no ver nada de color de rosa,
porque eran algo negros los cristales.
Empezó á parecerle que, mirada
su novia de perfil, aun siendo hermosa,
al hacer cierto gesto que ella hacia,
estaba entre agradable y horrorosa.
Vió también otro día
que así como él, cuando ella se peinaba,
siempre se arrodillaba
para verla mejor puesto de hinojos,
ella, en cambio, miraba
mucho más al espejo que á sus ojos.
Y hasta llegó á notar, con el espanto
del que á un leon furioso ve delante
(y si á un leon furioso no es bastante,
á un celoso, aunque fuera el mayor santo)
que siempre que la echaba alguno flores,
las recogía y las pagaban luego
una sonrisa que brindaba amores
y unas miradas que chispeaban fuego.
¡Y quién sabe las cosas que vería,
mientras ser suya Rosa le juraba,
cuando hasta ir á la iglesia la vió un día
del brazo de un galán á quien no amaba,
sólo porque contaba
las onzas por las canas que tenía!

V.

Desde entonces, ahogando en lo profundo
de su alma aquel amor tan mal pagado,
Juan, por más que á los cielos ha mirado,
no ha visto ningún nombre en las estrellas;
y aunque ha encontrado, andando por el mundo,
en cien mil ocasiones diferentes
mujeres buenas y mujeres bellas,
siempre las ve poniéndose los lentes
y dice con dolor: ¡Mal rayo en ellas!

VI.

Por supuesto, Juan luego fué dichoso;
se casó al fin ¡lo juro por el cielo!
y fué un buen padre y un amante esposo.
¡Como que el pobre Juan era mi abuelo!
El fué, cuando tenía yo quince años
y lo veía todo sin ver nada,
quien, como herencia de su amor, sagrada,
al empezar el viaje de la gloria
para evitarme tristes desengaños,
me dió las gafas, me contó su historia
y me encargó que si tenía un hijo
le dijera lo mismo que me dijo.
Con que... si has de nacer, si yo me caso,
¡sol de mis sueños de color de rosa!
(ya qué sólo me falta dar el paso,
tirar las gafas y elegir esposa);
si olvidando cumplir mi testamento,
te casas y tuvieras algún hijo,
por si en su porvenir esto decide,
nunca olvides ¡por Dios! lo que me dijo
mi abuelito en el último momento:
dale las gafas ¿eh? ¡no se te olvide!...
y... ¡que no dejes de contarle el cuento!

MARCIAL DE LOS RIOS.



El amante incendiario

Todo el mundo conoce los horrorosos desastres ocurridos en el castillo de Ruremonde, ocasionados por el más espantoso incendio.

Es imposible olvidarlos, porque los periódicos relataron con mil detalles la horrible catástrofe; infinidad de personas se vieron sorprendidas por las llamas al final de un baile campestre; gritos de dolor, miembros magullados, y finalmente, los techos de las habitaciones que se desploman sobre las infelices víctimas.

Pero lo que todos ignoran, son las causas que produjeron este accidente. unos á otros se preguntan, cómo pudo el fuego penetrar con tanta furia en el castillo é invadirlo en un momento.

Yo he podido descubrir el secreto, y voy á referirlo para gloria del amor.

En el fondo de un saloncito muy distante del gran salón de baile, prometidos, él de veinte años y ella de dieciseis, felices y contentos se besaban muy bajito, prodigándose apasionadas é inocentes caricias, porque se amaban con infinita ternura.

De repente, la niña, mientras que su amigo murmuraba á su oído frases deliciosas, se desprende del tocado una margarita que había arrancado pocos momentos antes del fresco tallo, y le pregunta si la quiere su novia.

Tranquilo, satisfecho, seguro de su amor y lleno de fe en la sinceridad de la flor, el joven amante veía los pequeños y sonrosados dedos de su amiga, arrancar una por una las blancas hojas.

Pero ¡ah! que un sudor frío inunda su frente, palidece, tiembla y siente próximo á desfallecer. Acaba de contar con una rápida mirada que todavía quedan, y ve con terror que la respuesta será negativa.

¿Concebirá la graciosa joven por una cruel mentira de la margarita sospechas sobre la firmeza é intensidad del amor que la profesa?

Sin vacilar un solo momento, coje el candelabro que está sobre la menea, y mientras la niña suelta llena de terror aquel resto de perfume que aun no ha concluido de deshojar aplica la llama á las colgaduras de seda, que arden con rapidez suma, y bien pronto se comunica el fuego á todo el castillo.

Desde entonces, cuando se habla delante del enamorado doncel de las víctimas y desastres que ocasionó el incendio, siente pesar y tristeza, que es noble y compasiva su alma, pero ni la más ligera sombra de remordimientos.

Fué muy lamentable que perecieran tantas personas, pero hubiera verdaderamente criminal dejar que una duda penetrase en el corazón de su amada, haciéndola sufrir todas las torturas de la desconfianza.

CÁTULO MENDES



El sastre del teatro

El sastre de portal arriba, ó viceversa, es siempre un hombre respetable y de cuidado.

Tiene momentos capaces de aterrar á los espíritus más animosos.

El de presentar la cuenta es uno de ellos.

Sobre todo si la presenta en ocasión en que no se le pueda pagar, entre mil razones por la de no tener dinero, única estimable y de justificación tratándose de personas decentes.

El sastre, en general, sufre con resignación dos negativas á pagar la cuenta; la tercera, ni uno solo de ellos la sufre con calma y resignación.

El hombre, en general, también atiende más á la necesidad imperiosa de vestirse que á la de pagar la ropa.

He aquí el origen de la lucha encarnizada y perpetua entre el sastre y el cliente.

Pero esto reza con el sastre del día, con el industrial al servicio de la moda moderna, con el confeccionador de fraques, levitas, *chaquets* y pantalones de la actualidad, no con el *sastre histórico*, ennoblecido con el corte de prendas á la usanza de Luis XIV, Carlos V, Felipe II y otras figuras colosales de los pasados siglos.

El sastre de teatro cobra cuando el empresario le quiere pagar; y durante el período que media entre la presentación de la cuenta y su abono—por largo que sea—el *tailleur histórico* saluda al empresario cortésmente, acompañando el saludo de finísima sonrisa, aunque la procesión vaya por dentro.

¡Qué severa, qué digna lección para los sastres del *presente*!

¡Ojalá les sirva de ejemplo é imiten aquella noble conducta!

El día en que los sastres de hoy pongan buena cara á sus deudores... no cobran en la vida. El sastre de teatro—si es inteligente—no necesita figurines para confeccionar los trajes de época determinada.

Si se trata de obras de fantasía ya es otra cosa.

Don Lorenzo Paris, número uno de nuestros sastres históricos, sabe al milímetro el largo de una calza de Carlos de Gante, de una ropilla de Felipe IV y de una chupa de Carlos III.

Déle usted detalles acerca de una loriga ó de una dalmática de la Edad Media, y asomará á sus ojos el color de la ira.

Decirle á don Lorenzo dónde se coloca el broche de un tabardo sería como preguntar á

Marcos Zapata si sabe de cuántos versos se compone una quintilla. Es preciso haber *colaborado* con él para poder apreciar exactamente los puntos que calza en materia de conocimientos históricos.

¡Cuánta sangre le ha quemado el apetito desordenado de *terciopelo para todo* que sienten los tenores de ópera!

Los anacronismos le crisan los nervios.

Si le hubieran dejado, más de una vez hubiera afeitado á los Figaros del *Barbero* la barba partida, dejándoles únicamente los pelos necesarios para unas patillas de chuleta. No hubiera él consentido Hernanis con *tuchana*, ni Felipes segundos con *perilla*. ¡Honor á don Lorenz!

Hay sastres históricos de dos clases.

1.^a Los que sirven este ó el otro teatro sin tener ropería para alquilar.

2.^a Los que la tienen.

Hablemos primero de los segundos.

Se forma en Madrid una compañía de zarzuela para cualquier capital de provincia que no tiene buen sastre histórico.

Y como se contrata el material de música, y á veces el decorado, se contrata el vestuario así mismo. Se embala, y allá va.

Pero la empresa, funcionando ya, quiere dar ensanche al repertorio, y telegrafía al sastre pidiendo más vestuario.

He aquí algunos telegramas históricos.

«Envíeme usted unas Hijas de Eva.»

Uno que no fuera del gremio enviaría por primer tren media docena de mujeres á *pagar á destinación*.

El sastre histórico envía el vestuario que requiere la preciosa zarzuela de Larra y Gaztambide bautizada con aquel título.

«Catalina necesita ocho granaderos más y un cabo de gastadores.»

Quiere decir, que se envió incompleto el vestuario de la zarzuela *Catalina*.

«Amazonas demasiado anchas; vengan estrechas.»

Es que en vez de uniformes para las niñas del coro, se habían enviado para comparsas hombres.

En muchos pueblos de mi país—tengo el honor de ser valenciano para lo que ustedes gusten mandar—se abusa de las representaciones de la Pasión de Jesucristo en la plaza pública; abuso que la ilustración y la autoridad eclesiástica van corrigiendo, con aplauso de las gentes sensatas.

También se abusa de adornar con personajes grotescos las procesiones religiosas.

Hallándome yo en la sastrería del señor Paris, he leído cartas y telegramas por este estilo:

«Envíeme usted un apostolado y las tribus de Judá.»

«Venga un centurión y diez galileos.»

«Anás largo, Pilatos corto hasta la rodilla. Si no envía túnica yo me lavo las manos.»

«Extraviados atributos San Lucas. Envíeme buey de su hermano.»

«Necesito un Califás y un Cisneros.»

Este telegrama no pudimos descifrarlo.

La central de telégrafos lo aclaró diciendo que se trataba de Caifás y el Cirineo.

Estas roperías lo mismo sirven un Pepe Hillo que un Cid Campeador. El *ropero* no es el verdadero sastre teatral, no es el sastre noble.

El verdadero sastre de teatro no tiene ropería.

Hay que verlo en su taller, cuajado verdaderamente de figuras históricas y de álbums repletos de personajes antiguos ó de artistas notables y eminentes.

Lo mismo corta unos gregüescos ó un tonelete, que reparte *agremán* á las oficialas para el coro de caballeros. A medida que se aproxima el día de estreno de la obra que *se está vistiendo*, crece el movimiento del taller.

Mientras aquellas oficialas acaban unas casullas, las otras terminan unos gorros frigos; éstas ponen cordoncillos á unas *golas de gancho*; las de aquí recaman un manto: las de allá refuerzan unos rostrillos; aquéllos *ojalan coletos*; los otros *farolan* trusas, y todo sin excepción, ellos y ellas, á última hora *pegan mangas*, porque si *han de acabar la obra*, es preciso que se les abone algún *extraordinario*.

Cuanto mayor es la confusión, cuanto más grande el apremio, mayor es también la sangre fría del maestro. Repátese la ropa el día del estreno de la obra. Lo demás sería faltar á la pernicioso tradición de los teatros españoles.

El jefe de *cada grupo* se encarga del *lio que le corresponde*, y ocurre á veces oír gritar:

—¿A quién le faltan carnes?

—A mí,—responde un comparsa desmayado y más seco que una caña de pescar.

—Si digo mallas de carne.

—¡Ahl si fuera de vaca....

—¡Eh! ¿Vosotros tenéis ya pecheras?

—Eso es cosa de mujeres,—dice otro comparsa poniéndose del revés un tonelete.

Detalle para concluir.

Los sastres históricos generalmente por la calle van mal vestidos. Desprecian el presente. Son el noble espíritu de la antigüedad.

RAFAEL MARÍA LIERN.

LOS QUE LAS VEN VENIR...

La pena que te devora
lágrimas me hace verter.
¡Es nuestra misión traidora!...
¡Una mujer que no llora
no me parece mujer!

Tú, mi amiga más leal,
muestra prudencia mayor.
¡No asegures por tu mal
que es el tálamo nupcial
el sepulcro del amor!

Al tratar de reprender
en tu esposo torpes mañas,
no me hables de aborrecer,
¡cuando acaso en tus entrañas
llevas algo de su sér!

De madre el afán prolijo
sea tu deseo fijo.
¡Si logras tan santos lazos,
tu esposo caerá en tus brazos
para besar á su hijo!

Entonces con alegría,
en su amante compañía
verás con dulce embeleso
cómo renace en un beso
la flor que murió en un día.

El dolor es noble y santo;
si él hoy no advierte tu llanto
ni ve tus párpados rojos,
ya se mirará en los ojos
en que se ha mirado tanto.

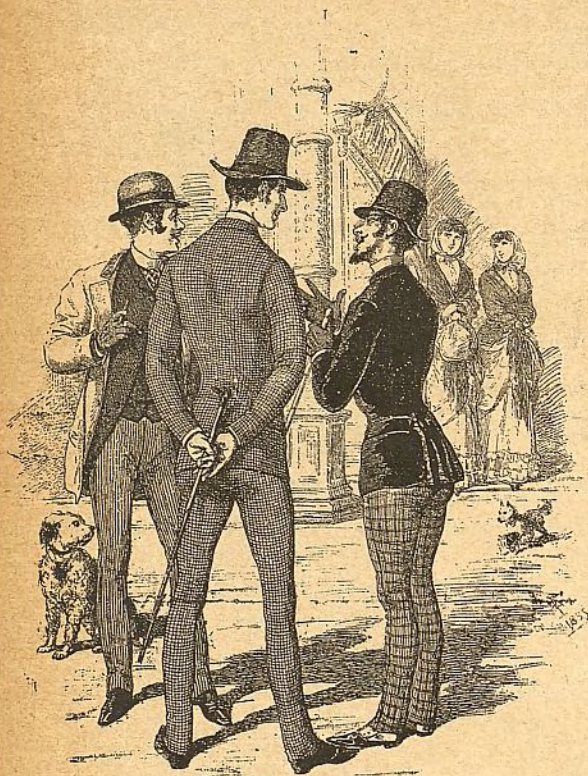
Aunque te llegue á olvidar,
no te canses de llorar;
de Dios el consuelo implora,
y sufre, y espera y llora
como mártir del hogar.

¡Siempre honrada, y siempre
soporta su ingratitud, buena
y luzca, siempre serena,
en la noche de la pena
la estrella de tu virtud!

Unida á tu esposo vas
y mientras tu amor le das
un alma formáis los dos.
¡Lazo que bendijo Dios
no lo maldigas jamás!

Feliz si mi dulce anhelo
calma, Pilar, tu desvelo
y tu amargura mitiga:
es el consuelo que abriga
tu siempre amiga—*Consuelo.*»

JOSÉ JACKSON VEYÁN.



—¡Míralas! ¡Ellas!

Dos cartas

I

«Llena de amoroso anhelo,
hace un año á Juan me uní
con la bendición del cielo.
¡Hoy, Consuelo, acudo á tí,
buscando dulce consuelo!

Tú, mi amiga más leal,
debes saber mi dolor.

¡Yo ignoraba, por mi mal,
que era el tálamo nupcial
el sepulcro del amor!

Eterna su luz creía,
y aquel delirante exceso
trocóse en ceniza fría...

¡El amor es flor de un día!...
¡Es llama que apaga un beso!

Juan, el amante afanoso
de mi dicha y mi reposo,
olvida su fe constante:
cuando recuerdo al amante,
suspiro por el esposo.

Muerta su amorosa llama,
huye de la que no ama,
y pone su ingratitud
en grave riesgo mi fama
y en peligro mi virtud.

Si se obstina en despreciar
mi pobre amor mal herido,
puede que le llegue á odiar.

¡Yo, Consuelo, no he nacido
para mártir del hogar!

¡No repara en mis enojos
ni en las huellas de mi llanto,
ni ve mis párpados rojos!...

¡Ya no se mira en los ojos
en que se ha mirado tanto!

¡El tierno amante de ayer,
hoy, ansioso de placer,
olvida santos deberes,
y con extrañas mujeres
se burla de su mujer!

¡Si así me arroja del cielo
que soñó mi loco anhelo,
no sé qué será de mí,
y hoy, Consuelo, acudo á tí
buscando dulce consuelo!

Cansada ya de llorar,
y de honda amargura llena,
su pena quiere contar,
antes de morir de pena,
tu pobre amiga—*Pilar.*»

II

«Amiga Pilar: Recibo
tu carta, y tu angustia rara
entre lágrimas concibo:
notarás que el llanto aclara
la tinta con que te escribo.

...Y LAS QUE LOS VEN VENIR, por Planas



—¡Míralos! ¡Ellos!



Corresponsales exclusivamente encargados de la venta de
LA SEMANA CÓMICA

EN BARCELONA:

D. JUAN TASSO

Kiosko de la Rambla, frente a la calle del
Hospital.

EN MADRID:

D. JULIÁN RODRIGUEZ

Ancha de San Bernardo, 27, bajo

Pues miren Vdes.: que los agentes de la autoridad hagan de cuando en cuando alguna barrabasada.... ¡que diablo! es cosa á que ya estábamos acostumbrados. Pero que se dediquen á la venta de seres humanos... ¡eso es horrible, Dios mío, repulsivo, piramidal! ¡Porque resulta ahora que los agentes de la autoridad se dedican á la trata de blancos!

Oigan Vdes., sinó, lo que dice *La Publicidad*:

«Un suscriptor se lamenta de que en algunos teatros muy favorecidos por el público, mientras desde muy temprano algunos dias no se encuentra ninguna localidad en la taquilla, pululan los revendedores junto á ella, en amable consorcio con los agentes de la autoridad, que los venden mediante una regular prima, etc., etc.»

¡Ya ven Vds! Los agentes de la autoridad vendiendo á infelices muchachos!

¡Y con prima!

¡Llamamos muy seriamente sobre el caso la atención del señor Gobernador de la provincia!

Al tirar la primera forma del presente número, se ha deslizado en la última página una errata que conviene subsanar.

En el suelto en que se da cuenta de la publicación del número próximo, ha puesto el cajista que se expenderá al precio de **15 céntimos**, cuando lo que pusimos nosotros (y así puede verse en el anuncio que figura al pie de la página,) fué **20 céntimos**.

La errata salta á la vista sólo con notar la contradicción que hay entre el suelto y el anuncio; pero como ustedes no sabrían á cual de las dos cantidades atenerse, me creo en la obligación de rectificar...

Y he aquí que por eso rectifico.

De Pepe Estrañi:

Según en un periódico he leído,
en Medina del Campo se ha comido
un cerdo, comenzando por los *pieses*,
á un niño de seis meses.

No se le puede hacer cargo ninguno,
porque sería muy inoportuno
y diría, tratándonos de *lerdos*:

—¿No se comen ustedes á los cerdos?

Nos tiene cuenta, pues, no decir nada
¡y eso que ha sido atroz *la cochinada*!

Toda la prensa ha tributado justos elogios á mi amigo querido y excelente colaborador Pepe Cuchy, por el techo que ha pintado para la tienda que acaba de abrir en la Plaza de Sta. Ana el conocido fabricante de chocolates D. Pedro Juncosa.

Verdaderamente el citado techo es una obra de arte que honra á su autor. El da muestra de lo que Cuchy vale y me ha confirmado en una creencia que abrigó yo hace tiempo.

La de que Cuchy ha de llegar—y no tardará mucho tiempo—á ser uno de los artistas más celebrados y más populares de Barcelona.

—¿Hablaban ustedes de D. Francisco? ¡Oh, es una buena persona! Y cuidado que yo soy quien mejor puede decirlo. ¡Le debo algunos favores! Con que... ya ven ustedes.

*A orillas del mar soberbio
me puse á considerar...*

Verán Vdes. qué cosas fueron las que consideré.

CONSIDERANDO: que hace dos semanas anuncié la publicación de un EXTRAORDINARIO, con el cual me proponía (y me propongo) inaugurar la campaña de invierno;

CONSIDERANDO: Que siempre se acuerda uno tarde de estas cosas y deja que el tiempo se le eche encima;

CONSIDERANDO: que apenas salgamos de la publicación de este número vamos á tener que entrar en la del almanaque (¡que este año sí que va á ser cosa buena!) y no conviene aglomerar los extraordinarios ni abusar de la paciencia de Vds., que demasiada tienen y demasiadas pruebas de bondad me han dado y me están dando todos los días;

CONSIDERANDO: que no está el horno para bollos ni Vds. para costear números de á dos reales; y

ATENDIENDO: á que Vds. preferirán un número bueno, bonito y barato, á uno que sea bueno y bonito, pero no lo otro:

FALLO: que debo ordenar y ordeno que el número de la semana próxima, sin tener mayores dimensiones que los ordinarios, publique láminas de Cilla, Escaler, Pons, Mecachis, etc., tiradas á cuatro colores, y artículos y poesías magníficos y riquísimamente ilustrados, sin que por todo ello cueste el número más que la infima, la despreciable, la microscópica cantidad de

15 céntimos

¡He dicho!

Me simpático colega *Blanco y Negro* (que ya ustedes saben, ó no tienen perdón de Dios, que es un periódico muy bonito) se jacta de que varias publicaciones—entre las cuales cita á LA SEMANA CÓMICA—le imiten y le tomen como modelo.

Dios le conserve á V. la modestia, hermano. La modestia... y la ilusión.

¿Quiere V. hacer el favor de decirme qué procedimiento ha inventado V.? ¿Qué método nuevo ha implantado que nosotros hayamos podido imitar?

¡Digalo, por Dios, el amable colega!

No vaya á suceder que *La Revue Illustrée*, de Francia, el *Fliegenden-Blätter*, de Alemania, y el *Pick-Me-Up*, de Inglaterra, de los cuales es V. feliz y bien hallada imitación, salgan por ahí jactándose también de que haya quien les parodie en España.

Si á reclamar patentes de originalidad fuéramos, yo podría señalar á *Blanco y Negro*, números de mi colección, en los cuales un año antes de que él naciera, usábamos ya todos los procedimientos que él actualmente emplea.

Pero no se trata de eso, ni ese es el camino.

Lo que sucede es que el mundo marcha, que los progresos se imponen y que los que quieren marchar con el mundo, deben forzosamente abandonar los procedimientos antiguos y atenerse á los modernos.

Y esto ¡caramba! debía saberlo *Blanco y Negro*.

No vayamos á quedar en que no podemos viajar en ferro-carril por no imitar al primero que empleó este medio de locomoción.

O en que cuando llueve debemos salir á cuerpo y aguantar impertérritos el chaparrón.

Porque como el ponernos impermeables sería imitar servilmente al primero que los usó...

Obras recibidas. — *La fuente de los milagros*, zarzuela en un acto, por don Enrique Sánchez Seña. El éxito que ha alcanzado esta obra en Eldorado me dispensa de hacer de ella el elogio que merece.

Sagramental, colección de poesías de J. Aladern, con prólogo de Pompeyo Gener. Pese á las intenciones y á la creencia del autor y al indudable talento y acierto crítico de Pompeyo Gener, no son las poesías escépticas, que casi llenan el libro las que más me gustan, con todo y gustarme algo. Para nosotros, la nota más bella del libro está en la siguiente poesía, que gustosos reproducimos:

«Lo somni de l' infidel

Quant en profund silenci tot reposa,
avansada la nit,
á descansar se 'n vá l' infiel esposa
al costat del marit.

No bé 'l son ha aclucat las suas parpellas,
comensa á somiar;
y somiant te visions á quals més bellas
que la fan pantejar.

Somnia ab son amant que tant estima;
per fi al costat se 'l veu;
y correntio á abrassar, ab foch s' hi arrima
y abraça al marit seu.

—¡Que t' estimo!—li diu—¡oh, si ets ma vida!...
Vals més que mil milions;
besante soch felissa...—y desseguida
l' omplena de petons.

Al sentirse aquells besos que l' arboran,
se desperta l' espós,
y de content sos ulls llàgrimas ploran,
y s' adorm tot ditzós.»

Barcelona.—Imp. Ortega. Palau, 4.

EL DIA 29 DE OCTUBRE NÚMERO CASI EXTRAORDINARIO DE **LA SEMANA CÓMICA**

16 páginas, conteniendo artículos y poesías de los mejores escritores y láminas de celebrados dibujantes, más de la mitad de ellas tiradas á cuatro colores.

Precio del número: **20 céntimos**